

FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

ARLINDO VEIGA DOS SANTOS DESDE
EL TRADICIONALISMO CASTELLANO



1958

Separata da Revista da Universidade Católica de São Paulo
Vol. XVI — Dezembro de 1958 — Fasc. 28
(Págs. 393-400)

Arlindo Veiga dos Santos desde el Tradicionalismo Castellano

FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

Catedrático en la Universidad de Sevilla.

1. — **PLANTEAMIENTO.**
2. — **TRADICIONALISMO Y NACIONALISMO EN LA AMERICA HISPANA.**
3. — **EL PENSAMIENTO DE ARLINDO VEIGA DOS SANTOS.**
4. — **CONCLUSIONES.**

1. — Para quienes recibimos de Dios, junto con el don del concreto encaje social e histórico, la gracia de sentirnos continuadores de la Tradición de las Españas, constituye cálido espectáculo, lleno de interés y poblado de sugerencias, contemplar los esfuerzos con que otros hombres hermanos, de otros pueblos que como el de Castilla acuñaron su personalidad en la defensa de la Cristiandad contra Europa, buscan y topan la común médula tradicional con acierto que causa maravillas. Entre esos hombres ocupa puesto preeminente Arlindo Veiga dos Santos, profesor de la Facultad de Letras paulina de São Bento y fundador en 1928, ahora hace treinta años, de la Acção Patrianovista Brasileira.

No he de tratar aquí de perfilar los méritos egregios del personaje insigne, ni trazar la silueta de su carácter poderoso, ni tasar el valer de sus escritos, ni ahondar en los relieves ejemplares de su biografía; ni siquiera memoraré la fluida gracia de su diálogo, ni la sugestiva finura de sus posturas dialécticas. Muchos otros lo harán en la ocasión presente al tejer la merecida guirnalda de lauros. Yo voy a limitarme a estimarle desde donde me es dable hacerlo: desde la roca de la Tradición política de Castilla.

2. — Los pueblos del solar americano fueron engañados por la geografía política de Franklin Delano Roosevelt en la visión falsa de dos hemisferios: el oriental o euro-africano y el occidental o americano. Era el Atlántico para los políticos washingtonianos línea abismática que discernía dos orbes sujetos a dos predominios: el de Europa, el de la Europa anglofrancesa, en el hemisferio levantino, y el de los Estados yankees en el americano. Desde el punto de vista de los espacios vitales, verdad definida por el insoportable advenedizo del derecho alemán que fué Carl Schmitt, los políticos de Washington construían una geografía calcada sobre sus propios intereses.

Pero por encima de la geografía de los intereses se halla la de la cultura y la del corazón. Y ésta nos enseña que la divisoria no era vertical, empero horizontal. No fué el Atlántico abismo, sino camino; el camino por el cual se proyectaron sobre el nuevo continente colombino los dos sistemas humanos que en el siglo XVI reñían en el Viejo continente: Europa y las Españas. Europa dió de sí la prolongación de las gentes que habitan del río Bravo o Grande del Norte para arriba, incluidas California, la Florida, Jamaica y otras partes quitadas a los reyes de las Españas, amén de la Tejas robada a Méjico. Las dos ramas principales de esta nueva Europa transatlántica repiten los caracteres de sus progenitores anglosajones o franceses. Estados Unidos de América del Norte es el producto híbrido, confuso, abierto, liberal, democrático, multirreligioso, crematistizado y falsamente puritano que podía dar de sí una Inglaterra dotada de paralelos rasgos. El Canadá es el mestizo social francés, a medias católico y a medias protestante, la tierra de litigios dogmáticos y de contradicciones que es la Europa francesa, alucinadora en sus virtudes como en sus vicios, siempre seductora y atrayente. Ambas ramas de la vieja Europa transplantaron sus retoños a las fértiles tierras nuevas y procuraron la versión cabal de sus respectivas realidades.

Igual aconteció con las Españas enemigas de Europa. Portugal y Castilla trasladaron a las tierras inmensas que se extienden al sur del Río Grande las peculiaridades de sus genios, bajo el común denominador de sus insobornables posturas antieuropeas. Desde Méjico a la Tierra del Fuego forjaron pueblos que no tenían nada de europeos, en los que todavía en 1700 no habían penetrado ninguna de las fuerzas ideológicas en que Europa consiste; en los que no había herejes protestantes, ni maquiavelistas paganizadores de la ética, ni bodinianos absolutizadores del poder. Solamente en el siglo XVIII, con el afrancesamiento que simbolizan en Portugal José I y en Castilla Carlos III, empieza la penetración de las corrientes europeas, que sobre todo van a informar las jornadas de la Independencia.

La escisión horizontal que opone la Cristiandad hispánica contra Europa en la frontera de los Pirineos es la misma que contrapone las Españas ultramarinas desde Méjico hasta la Argentina cara a las Europas ultramarinas del Canadá y de los USA. Son dos mundos en lucha, en los que se dan iguales circunstancias desde que la penetración de las ideas europeas transformó al suelo cultural de las Españas en palenque, en lugar de la cerrada fortaleza que fuera hasta en 1700.

La diferencia en la calidad de las luchas trae consigo otra en los planteamientos políticos y culturales de las Españas ibéricas o itálicas respecto a las Españas americanas. En las Españas ibéricas o itálicas la invasión europeizadora tuvo lugar sobre cuerpos sociales poseedores de secular trayectoria, como quistes o barnives ajenos superpuestos a la vida tradicional de Portugal, de Cataluña, de Sicilia o de Castilla. En las Españas americanas las ideologías europeas sirvieron de motor a los movimientos independentistas e informaron las nuevas entidades nacionales. Todos los esfuerzos que plumas bienintencionadas empleen en presentar a un Bolívar como encarnación de hispanismos resultarán siempre vanos; porque tal vez lo fuera en el tempero, mas jamás en la ideología. Las investigaciones del poco sospechoso liberalísimo Salvador de Madariaga han dejado harto claro el tono de la mentalidad revolucionaria, europeizante y antihispánica que movió la espada del llamado Libertador, instrumento de Europa en su secular pugna contra la Cristandad hispánica; y lo que sucedió con Bolívar pudiera decirse del resto de los caudillos independizadores.

Situación que produjo otro descomunal equívoco histórico: el de pretender que los llamados libertadores crearon las naciones nuevas. No nace el Brasil con el grito de Piratininga, ni Colombia con Bolívar, ni Perú en Ayacucho. Una historia construida al aire les ha presentado casi como divinos taumaturgos que, con la varita mágica de la libertad revolucionaria francesa en la mano, sacaron de la nada pueblos enteros como Moisés sacaba el agua de las piedras del Horeb. Pero la realidad fué mucho más modesta para sus obras, pues lo que hicieron fué imprimir rumbos nuevos a sociedades que ya existían.

Lo que define a los pueblos, la fé, la lengua, el sentido de la existencia, la gama de factores vitales que señalan una sociedad humana, no los labraron ni Pedro I ni Bolívar. Existían antes de ellos y a ellos sobrevivieron. Los verdaderos fundadores no fueron esos independentistas del 1800, sino la pléyade tantas veces anónima de aquellos, esos sí, fabulosos abuelos que en los siglos áureos de las Españas cruzaron "sertões", desbravaron selvas, salvaron ríos más anchos que los mares clásicos, resistieron alimañas indecibles y levantaron ciudades alrededor de la

plaza real presidida por una Iglesia en la que se mantenía encendido el estilo de la Cristiandad enemigo de las novedades europeas. Que los independentistas del 1800 se alimentaran de estas novedades europeas no quiere decir suban a fundadores, sino tan solo que el pedestal que les corresponde fué haber orientado por nuevos derroteros la máquina social que los legendarios abuelos construyeran. Fué su acción política, nunca social.

Con ello lo que trajo consigo la europeización cultural del XVIII y política del XIX fué un desequilibrio entre la osamenta real del país y sus instituciones. Los fundadores embadurnaron de política europea los sistemas vivos tradicionales hispánicos. Se habló de elecciones democráticas y eran los caciquismos de los capitanes mayores la clave de las justas electorales; las sonoras consagraciones de larguísimas tablas de garantías de libertad, literalmente copiadas de cualquier parte dogmática de las constituciones galas, valían lo que quiso la espada de cualquier soldado de fortuna, dueño absoluto del poder en tanto que otro general no le expulsaba por la violencia y volvía a encubrir el nuevo omnipotente señorío con otra lista de huecas solemnidades programáticas.

En lo ideológico el contrasentido fué mayor aún, porque se opuso de modo inexorable el nacionalismo del 1800 al tradicionalismo entrañado en la textura social. Los pueblos hispánicos de América eran europeos en la medida en que apelaban a su nacionalismo y tradicionalistas en la medida en que se reclamaban a las realidades auténticas. En el idioma de que echaba mano para expresar sus ideas, en los módulos artísticos, en el roce alado de los anhelos religiosos eran hispanos; como hispanos celosos de la honra de sus mujeres, adoradores férvidos del Dios de la Contrarreforma, encuadradas las existencias en marcos de hono; hidalgos y de ardor creyente; cuando se les tocara a las vetas vivísimas de Dios o de la mujer la reacción será a la española, porque entonces aflora en los hombres la auténtica dimensión de sus entrañas anímicas. Por el contrario se les llenarán las bocas de declamaciones vacías, de mitos de libertad, de espejismos de progreso indefinido, de ilusionismos democráticos. Barniz nacionalista europeo que encubría carnes de tradicionalismo hispánico en el Brasil ni más ni menos que en Perú o en Méjico.

Semejante contrasentido es la clave para entender la historia de los pueblos hispanos de América, incluido Brasil, durante los últimos ciento cincuenta años. No se ventila una independencia, que de todos modos hubiera llegado por inexorable ley de madurez. Lo que se ventila es que dicha independencia tuvo lugar bajo banderas europeizadoras, en pugna con la esencia de aquellos pueblos, porque sus minorías rectoras habían sido afrancesadas por los ministros de José I y de Carlos III, levantada la barrera tradicional que era la enseñanza jesuítica.

Llegar a dichas conclusiones desde las tiendas ibéricas, contemplando el giro de la historia americana con la serena perspectiva que otorga la lejanía ajena al bullicio partidista, no es gran mérito, especialmente para quienes recibieron la gracia divina de no caer en las tentaciones diabólicas de la cultura europea ni se dejaron arrastrar de los papanatismos de modas momentáneas. Mérito grandísimo, en cambio, es haber atisbado tales perspectivas cuando no se goza del privilegio de la lejanía que serena los juicios y cuando se adolece de la raíz de la continuidad política y cultural de la Tradición, en los pueblos americanos rota culturalmente por las monarquías enciclopedistas dieciochescas y políticamente segada por los independentistas a principios del siglo XIX.

Tal es el caso de Arlindo Veiga dos Santos en el Brasil, cual puntualizo breve y seguidamente, con actitud que le eleva a lumbré clara entre los mayores exponentes actuales del pensamiento político tradicional de las Españas cristianas y antieuropeas.

3. — La hostilidad contra Europa y contra su prolongación norteamericana es el índice negativo de la apasionada defensa de la Cristiandad por Veiga dos Santos asumida. Con dejo agustiano hace suya la visión de las dos ciudades, que en él serán la europea, individualista y babélica, enfrentada con la santa Jerusalén de la Cristiandad (1).

La Cristiandad, sociedad jerárquica cuyo ideal más próximo tuvo lugar en el medievo lejanísimo, es el tema ensoñado por Arlindo Veiga dos Santos y la meta a donde torna sin cesar los ojos. El valor del Brasil está en ser parte de la ciudad de Dios, más todavía, representar el elemento más poderoso de la Cristiandad moderna, modelada sobre las trazas de la antigua (2). Servir a la Cristiandad fué tarea de los portugueses que labraron al Brasil y es

“a insigne vocação da gente paulistana” (3), y es el empeño en que se emplean las huestes patrianovistas, defensoras de una sola Cristiandad jerárquica y unida (4).

Con certera intuición de pensador, Arlindo Veiga dos Santos intuye que la Cristiandad pereció en el 1500 al acoso de las tendencias europeas. Ya en 1933 apunta la cadena de errores que son en lo religioso el protestantismo, en lo filosófico el racionalismo, en lo político el liberalismo y en lo social el marxismo (5), lo mismo que en 1942 ve continuidad desde Lutero a Calvino, de Calvino a Rousseau, de Rousseau a Marx y de Marx a Lenin (6). De donde su hostilidad contra Europa, generadora de las doctrinas que corrompieron el alma brasileña.

Para Arlindo Veiga dos Santos el momento más brasileño de la historia patria es la etapa colonial, porque como nunca en-

tonces la vida colectiva estuvo empapada del sentir cristiano, porque solamente entonces el Brasil se halló integrado por entero en la cruzada de defender la Cristiandad contra los asaltos de las novedades europeas (7). A la exclamación desengañada de Bolívar de ser ingobernables las gentes americanas, el profesor paulista contradice el buen gobierno hispano-portugués durante más de trescientos años (8). El mal empezó con la introducción del enciclopedismo por la mano satánica del marqués de Pombal, "verdadeiro agente da anti-Nação", o sea de Europa (9); creció con la destrucción de las libertades municipales a la hora de la independencia, cuando el liberalismo inorgánico y ahistórico mató en los textos de la carta del 25 de marzo de 1824 el sentido realista, vario y fecundo de las libertades tradicionales concretas de los municipios, substituyendo la autonomía concretamente libre de éstos por el absurdo centralismo igualitario de la libertad con ele mayúscula, afrancesada y huera, manera típica del nuevo absolutismo de los liberales, destructor de las auténticas libertades de la Tradición (10); y perduró con el Estado Nuevo de Getulio Vargas, remedio brasileño de la novísima moda europea a la cuarta década del siglo XX, de la demagogia totalitaria del fascismo (11).

Protestantismo, maquiavelismo, absolutismo, racionalismo, liberalismo, totalitarismo, son las fórmulas de la Europa enemiga que Arlindo Veiga dos Santos combate sin cesar en nombre de la Tradición cristiana del Brasil. Sin olvidar nunca que Europa no fué expresión geográfica, antes bandería anti-cristiana prolongada en el norte del continente americano; por lo cual escribe en **Para a ordem nova** las terminantes palabras siguientes: "Somos vítimas da invasão dos bárbaros do Norte que, com as suas teorias rançosas de mil protestantismos falidos e desmoralizados em sua pátria de criação, vêm (na expressão deles) ensinar os brasileiros a ter caráter, como se precisassemos dos protestantes ianques ou de alhures para nos ensinar a cumprir o nosso dever" (12). Su grito de protesta se alza con pena, son sus palabras, "nestes tristes momentos em que a nossa civilização cristã vai sendo engolida por invasões bárbaras e especialmente pelo neopaganismo ianque" (13). En todas las formas que adopte en el Viejo cuanto en el nuevo Continente, Europa será el gran enemigo.

Cara a Europa, la Tradición brasileña se integra en la común tradición de las Españas, la "nossa comum tradição" (14), consistente en mantener la Cristiandad contra las oleadas de las novedades europeas. La gloria del Brasil radica cabalmente en ser la más poderosa de las naciones nacidas del tronco de la Cristiandad ibérica de las Españas (15). "Somos neo-hispánicos" dirá en **As raízes históricas do patrianovismo** (16), levantando bien alta la bandera de la verdadera tradición del Brasil. La lengua portuguesa es el timbre diario de la continuidad, porque

es el idioma de los "avós d'além mar" que combatieron las causas de la Cristiandad contra Europa (17). El "velho Brasil sagrado" está integrado por las tres razas de portugueses blancos, de indígenas cobrizos y de negros africanos ayuntados en el espíritu inmortal de la fé católica, en la dialéctica de los decires portugueses y en la tradición total hispánica (18), o sea por el "espíritu tradicional" común a todos nuestros pueblos (19). El mensaje lírico de Luiz Gama, que en la sangre fundía al negro de África con el blanco lusitano, era el de la justicia cristiana, tan distinta de la mentirosa alharaca de la libertad revolucionaria europea (20). Tan impregnado está el afán tradicional brasileño de Arlindo Veiga dos Santos de la certidumbre de la civilización de la Cristiandad hispánica contra Europa y de la pertenencia del Brasil a aquella, que en ocasiones hará gala de su talento escribiendo hermosos versos en perfecto language de Castilla (21).

Basta con los planteamientos antedichos para comprender la profunda revisión que de la literatura política corriente suponen los escritos de Arlindo Veiga dos Santos. Sería tarea larguísima mostrar como responde doctrinalmente a esta actitud y como sus ideas son las de la tradición hispánica prolongadora de la Cristiandad. El teocentrismo nuestro, dispar del antropocentrismo europeo, sírvele de arranque para la concepción del universo y para esquema de la historia (22). Para los males sociales postula los remedios de la doctrina social católica, siguiendo a la letra las encíclicas pontificias (23), fiel a la reverencia al Vicario romano de Jesucristo. Será en política antiliberal, con arreglo a la enseñanza de la **Libertas** (24). A lo económico postulará un corporativismo cristiano (25). La autoridad vendrá de Dios, no de las masas populares (26), combatiendo por igual a los absolutismos reales y a las democracias inorgánicas; que la autoridad es producto de la historia, no de elecciones; siendo su hontanar el querer de Dios y no los quereres de los hombres, ya que da en requisito esencial para toda sociedad (27). La monarquía orgánica es la monarquía tradicional, con sus fueros, sus frenos y los límites impuestos por un tejido de libertades institucionales concretas, como resulta del programa expuesto en 1950 en **Orgánica patrianovista** (28).

4. — La figura de Arlindo Veiga dos Santos resalta de esta guisa sobre el transfondo de su pueblo y de su tiempo. Tócale el mérito de haber comprendido el perfil exacto de la Tradición brasileña, su índole de continuadora de la Cristiandad hispánica frente a Europa y a la prolongación norteamericana de Europa, amén de haber entendido a fondo las raíces filosóficas y las doctrinas políticas de la monarquía tradicional. Logros de tanto mayor fuste, cuanto que fueron cosechados en un ambiente de

incomprensiones y de olvidos, meditando y luchando al mismo tiempo.

No importa al historiador del pensamiento político la estela de ese pensamiento; baste con catalogar su insobornable vena de puro tradicionalismo brasileño, que es puro tradicionalismo hispánico, desde las tiendas del tradicionalismo de Castilla. Con él Arlindo Veiga dos Santos satisface aquella pasión de "amor dos mares infinitos" (29) que fué siempre norte de su vida, de sus versos y de sus meditaciones.

1. — **Ecos do Redentor.** São Paulo, Editora Anchieta, 1942. Pág. 87.
2. — **Para a ordem nova.** São Paulo, Edição Pátria-Nova, 1933. Págs. 78-79
3. — **Incenso da minha miséria.** São Paulo, 1941. Pág. 15.
4. — **Orgânica patrianovista.** São Paulo, 1950. Pág. 70.
5. — **Para a ordem nova,** 7.
6. — **Ecos do Redentor,** 32.
7. — **Para a ordem nova,** 124.
8. — **As raízes históricas do patrianovismo.** São Paulo, Coleção Pátria Nova, 1946. Pág. 14.
9. — **Orgânica patrianovista,** 22 y 83.
10. — **Orgânica patrianovista,** 22.
11. — **Orgânica patrianovista,** 75.
12. — **Para a ordem nova,** 75.
13. — **Para a ordem nova,** 103.
14. — **As raízes,** 29.
15. — **Para a ordem nova,** 74-75.
16. — **As raízes,** 17.
17. — **Incenso da minha miséria,** 18.
18. — **O esperador de bondes.** São Paulo, Estabelecimento tipográfico Atlantico, 1944. Pág. 36.
19. — **Para a ordem nova,** 87.
20. — **A lírica de Luiz Gama.** São Paulo, Estabelecimento gráfico Atlantico, 1944. Páginas 17 y 25.
21. — Por ejemplo, las "Cuadras" en la página 78 de **O esperador de bondes.**
22. — **Ecos do Redentor,** 110.
23. — **Para a ordem nova,** 19, 26-27.
24. — **Para a ordem nova,** 19.
25. — **Para a ordem nova,** 53 y 54.
26. — **Para a ordem nova,** 15 y 24.
27. — **Orgânica patrianovista,** 70.
28. — **Orgânica patrianovista,** 23 y 27-33.
No obsta algún resto de terminología liberal, como al hablar de "poder" en vez de "función" judicial a la página 33.
29. — **Incenso da minha miséria,** 7.